

## María Zambrano: Cervantes y la reforma del entendimiento español

José Luis Mora García  
(Universidad Autónoma de Madrid)

Señala Juan Carlos Rodríguez en su discutible y premiado *El escritor que compró su propio libro* que “el *Quijote* ha resistido y ha sobrevivido porque la cultura literaria “nacional y occidental” necesita símbolos para perpetuarse. O de otro modo, el *Quijote* ha pervivido, no pese a sus lecturas, sino gracias a ellas. Para bien y para mal. Igual que ha ocurrido con Dante, Shakespeare o Goethe, y no son malos ejemplos” (21). Un poco antes había sostenido que le parecía “casi inconcebible cómo el *Quijote* pudo llegar vivo a nosotros después del agotamiento al que lo sometieron los románticos, los fenomenólogos y los empiristas” (20) Quizá, podríamos señalar, con el profesor Tomás Albaladejo, que esto se debe a que la obra cervantina posee en grado máximo la capacidad de resistencia que ofrece toda obra de arte a ser sustancialmente modificada; o bien, porque un libro sobrevive, en realidad, gracias a las “deformaciones” a que la someten sus lectores, siempre que estas sean asumibles por la propia obra. Puede ser difícil fijar cuál sea la medida de lo asumible en la recepción, pero sabemos que se halla en un mundo equidistante entre la lectura mecánica o repetitiva y aquella otra que no tiene en cuenta el contexto histórico en que fue escrita. En todo caso, con seguridad, sea cual sea el rasero que se fije, la necesidad de su lectura, es decir, la interpelación a que somete a sus contemporáneos y, sobre todo, a lectores de cualquier época y lugar mide la dimensión del clásico.<sup>1</sup> Poco puede dudarse, en este sentido, sobre las cualidades que posee la obra cervantina al haber elevado la literatura a la categoría de lo necesario en la construcción de un mundo fiable. Cervantes lo descubrió mirando en oblicuo y sonriendo para destruir así la lógica de la necesidad mecánica sin renunciar a la razón histórica pues el libro es un alegato contra el anacronismo del desencuentro. François Davoine en su libro *Don Quijote, para combatir la melancolía* nos lo descubre al final: solo contándose las historias “nuestros padres estaban ligados para siempre jamás”.<sup>2</sup> No hay literatura propiamente hablando si no crea una república de lectores que, en el caso de los exiliados del 39, fue la única posible. No fue, pues, gratuito que los intelectuales que se vieron obligados a dejar España tras la derrota se dedicaran casi con ahínco a su lectura y exploración. No estoy seguro, pues, de que lleve razón o de que lleve toda la razón Juan Carlos Rodríguez cuando afirma que “hasta María Zambrano, y por supuesto el resto de los orteguianos e institucionistas, urdieran en torno al libro cervantino todos los problemas existenciales e históricos habidos y por haber, todas las cuestiones de su realidad epocal (antes y después del exilio republicano)” (71).

No hay en los artículos de Zambrano ni olvido de la historia ni del origen del propio texto de Cervantes, más bien lo contrario, y sí la necesidad de algo que ya había sido planteado desde tiempo atrás y, concretamente, lo había hecho Américo Castro en su bien famoso estudio *El pensamiento de Cervantes*: remontarse a los siglos XVI y XVII para revisar la posición de España en lo que llamamos la modernidad. Me refiero a la búsqueda de las causas del fracaso, del suyo propio y de España como Estado, al

<sup>1</sup> Una buena muestra de las lecturas que ha impulsado *Don Quijote* puede verse en el libro *Don Quijote alrededor del mundo* que recoge bellos textos de Harold Bloom, Margaret Atwood, Tahar Ben Jelloun, Péter Esterházy y otros. Es, precisamente, el testimonio de Esterházy al relatar su especial emoción a propósito del escritor húngaro Pierre Ménard (Kornél Esti) y la experiencia del exilio quien mejor explica las razones del acercamiento a la novela cervantina pues “¿no consiste acaso el realismo más realista, no consiste la realidad más real en contar historias acaecidas como gravísima, altisonante, mínima, dulce e imaginada historia?” (45).

<sup>2</sup> La edición francesa es de 2008.

tiempo en que ellos consideraban que estaba su origen pero, no menos, a la necesidad de proponer una reconstrucción. Que Zambrano se planteara dónde estaban, en última o en primera instancia, según se opte por un orden más filosófico o más histórico, las causas de la guerra civil, era una exigencia. Que Cervantes fuera buscado en esas circunstancias mostraba sencillamente un buen conocimiento de la historia y, más aún, de la intrahistoria a que remite la obra literaria, porque de lo que se trataba era indagar qué había llevado a una incorrecta –llamémosla así- construcción del Estado. Cuando años después escriba María Zambrano a Pablo de Andrés Cobos, a propósito de su padre, se lo explicará de manera bien explícita:

Gran parte de mi meditación sobre lo español especialmente, tiene como centro y no sólo como origen, el entender a mi padre, el querer reconstruirlo desde adentro; el querer encontrar un lugar del pensamiento del alma, de religión, donde su pensamiento hubiese podido encontrar forma objetiva, perdurable. Sé que no ocurrió eso –eso que a él le ocurrió, sólo a él; sé que es algo de la tradición española desde que España se constituye en Estado. El que el pensamiento de esa clase o especie de personas no haya llegado a encontrar la forma adecuada en el pensamiento occidental es parejo a que en España, como vida, como sociedad, como Estado no la haya encontrado tampoco.

Esta confesión, hecha casi treinta años después del inicio del exilio, muestra una actitud que concuerda con el testimonio antes mencionado de Esterházy (*Don Quijote* 51), quien recuerda cómo “la dictadura (en el mejor de los casos) parte la vida en dos. Yo poseía una en la que era una joven de veinte años (a punto estaba de cumplir treinta cuatro cuando Zambrano salió de España) y de grandes esperanzas, que descubre el mundo, que hurga en los secretos de la existencia”. De esto se trataba: hallar la causa y naturaleza de la disfunción, por qué había ocurrido esto, por qué el estado español había excluido en su construcción a una parte de los españoles. Se trataba, en definitiva, de hablar de los singulares, de los hombres de carne y hueso en su individualidad, y no de conceptos generales; y para ello le era necesario recurrir a Cervantes, pues es la literatura, y no el mero estudio histórico, la que “hurga en los secretos de la existencia”. Para eso había debido suceder una metamorfosis en su propia vida pues con anterioridad, como ella misma confiesa, había recibido una educación perfectamente ortodoxa desde un punto de vista de la filosofía occidental y, por consiguiente, estas cuestiones “nacionales” apenas habían formado parte de sus preocupaciones, ni tampoco las históricas. Ahora venían a unirse la historia nacional y las existencias individuales. Cervantes era el nexo imprescindible. Claro está que algunas cosas habían ocurrido y luego ocurrió la gran cosa: primero, la crisis de la última fase de la dictadura de Primo de Rivera, la pertenencia a la FUE, su inclusión en los movimientos renovadores...; después la eclosión republicana y su fuerte implicación en ella; más adelante, su fracaso con el manifiesto “Frente Español”, su distanciamiento de Ortega, del que su inicial artículo “Hacia un saber sobre el alma” no sé si fue la causa o el efecto o ambas cosas respecto del distanciamiento. Lo cierto es que después de la llamada revolución de octubre, en 1936 se produce la sublevación militar y el enfrentamiento civil. María Zambrano, pronto, en la Embajada de Chile con su marido recién estrenado, escribe “Los intelectuales y el drama de España” donde señala:

El primer grito de la inteligencia fascista lo dio en España, como una controversia y un ataque a la generación del noventa y ocho y contra la *España invertebrada* de Ortega Giménez Caballero. Desde *La Gaceta Literaria*

comenzó a importar el fascismo italiano. Su libro *Genio de España* es su formulación más clara. El área de la intelectualidad en que tal pensamiento importado pretendiera fue sumamente restringida; apenas hay nombres: Eugenio Montes, Sánchez Mazas... ¿Cómo pretendieron entroncarlo con la vida y los problemas de los españoles?” (Zambrano 1998, 101-102)<sup>3</sup>

O, ¿cómo había conseguido este “miserable traidor, al que jamás daría la mano”, según sostiene en la carta a Chacel de 1938, introducir en la cultura española un pensamiento que le era ajeno? (Zambrano 1998, 211). Esta era la pregunta que exigía un diagnóstico antes de ser respondida por extenso.

En varios artículos de este periodo, ya una vez comenzada la guerra, encontramos su versión. Para entonces, habría leído algunos de los muchos artículos escritos por su padre sobre tantas cosas, la novela cervantina entre ellas. Y había hecho la antología de Lorca; otra sobre el Romancero de la guerra civil española y puesto un epílogo a *Madre España. Homenaje de los poetas chilenos*.<sup>4</sup> Quizá estuvieran de antes, en ese bagaje, las clases que Gaos impartía, al parecer, en colaboración con Fernández Montesinos sobre las relaciones Filosofía/Literatura según nos describe Mindán<sup>5</sup> y ha estudiado recientemente Héctor Arévalo en su tesis doctoral.

Los artículos que escribe durante la guerra no eran, pues, improvisados. Antes de marchar a Chile había firmado el “Manifiesto de la Alianza de escritores antifascistas (agosto, 1936). Ya en Chile publica: “La reforma del entendimiento”, donde hace un repaso de la evolución seguida por la razón occidental, desde los griegos a la modernidad, para dejar clara su posición acerca de lo realizado por aquella ingente herramienta, inventada por los griegos y refundada desde Descartes, tanto en el orden de lo positivo e irrenunciable, como de lo negativo y necesitado de corrección –siempre imprescindible razón- para concluir con la propuesta consistente en buscar un “nuevo uso de la razón” que, sin renunciar a la búsqueda de la unidad, esquivé definitivamente el riesgo del totalitarismo.

Mas, a su regreso, la lente cierra el objetivo para mirar a España no desde el mundo como lo había hecho hasta ese momento, es decir, desde Europa principalmente con alguna referencia a América (“La tierra de Arauco”; 222- 227 de la ed. de Jesús Moreno 1998), sino, al revés, mirar el mundo desde España. Es en este nuevo marco en el que deben leerse “El español y su tradición” (Moreno 1998, 139-143) y algunos otros artículos, escritos ya en Valencia y publicados en la revista *Hora de España* con una idea clara: la crítica de la apropiación que de la tradición española habían hecho los “tradicionalistas” quienes se “ponían en la trágica y cómica situación de únicos herederos de esta huella de España en el mundo y los únicos sabedores de su sentido, bien simple y pobretón por cierto, según su exégesis. Ellos eran España y toda su obra en el pasado” (Moreno 140). Por ello, no dudará en calificarlo, más adelante, del “cadavérico, falso tradicionalismo”.

Es, en este contexto, en el que Cervantes se muestra no solo necesario sino imprescindible como parte del diagnóstico, iniciado tiempo atrás, como indicábamos anteriormente y continuado ahora, ya en plena guerra, como parte de la “salvación” que

<sup>3</sup> Texto original de 1937(c)

<sup>4</sup> Zambrano 1937b. Poseo una copia de la Biblioteca Nacional de Chile gracias a la amabilidad de Álvaro Garrido.

<sup>5</sup> Se trata de un testimonio muy interesante que se refiere a la colaboración estrecha que mantenían “el profesor y crítico literario” José Montesinos y José Gaos quienes impartían “al alimón” la asignatura “Teoría y Didáctica de la Literatura” “que resultó ser tan interesante que hasta el mismo Ortega asistió algún día sentándose en los bancos de alumnos” (Mindán, 281).

aborda en dos artículos fundamentales: “La reforma del entendimiento español” (sept. 1937, Moreno 152-164) y la reflexión sobre “Misericordia”<sup>6</sup> (sept. 1938, Moreno 228-248), la novela de quien consideraba el cervantista más próximo: Benito Pérez Galdós.

Comentar ambos artículos con detenimiento exigiría mucho espacio puesto que la escritura de Zambrano es barroca, tiene muchos bucles, avanza y retrocede y se necesita hilar fino. Digamos, de manera resumida, que Zambrano sostiene aquí, respondiendo a esa formación ortodoxa que mencionamos anteriormente, la tesis tradicional de la inexistencia de filosofía en España, al menos a la manera europea. Como escribiera Galdós a los argentinos en 1885: “¿Dónde están nuestro Galileo, nuestro Leibniz, nuestro Kepler, nuestro Copérnico, nuestro Newton?” Y se respondía: “He aquí una serie de santos que faltan ¡ay!, en nuestro cielo tan bien poblado de ilustres figuras en el orden de la poesía y del arte. Porque las eminencias de por acá no son astros de primera magnitud como los Calderones, Cervantes y Teresas en el cielo del arte: son personalidades subalternas y un tanto oscuras, que no van delante del progreso científico, sino detrás, que no guían, sino que son guiados”.<sup>7</sup> Con matices, Zambrano repite la argumentación del autor canario cuando trata de mediar entre neokantianos y el tradicionalismo de Menéndez Pelayo: “El español, salvo originalísimas excepciones individuales, se nutría de otros incógnitos, misteriosos manantiales de saber que nada tenían que ver con esta magnificencia teórica, como nada o apenas nada tenía que ver su mísera vida económica con el esplendor del capitalismo moderno” (301-316; Moreno 153).

Varios intentos habrían tenido lugar buscando remedio a la escasa modernidad: así los afrancesados de principios del siglo XIX o los germanizantes del XIX ya avanzado, pero “no parece haber cuajado ninguno”, sentencia María Zambrano y saca una conclusión que sirve de explicación a la tragedia que vendría: de haber sido así, de “haber logrado nuestro equilibrio” la guerra no se habría producido. Pero... al tiempo, sostiene Zambrano, el pueblo –esa categoría que más bien molesta a la Sociología, que, con seguridad, lo hace, también, a una parte de las filosofías y que había sido rescatada por la literatura- que cualquiera que haya estudiado la cultura del 27 sabe que existe, ha conservado “resortes maravillosos”, “capacidades morales” que ha puesto al servicio de la “faena dolorosa y esforzada que alguien tenía que hacer por sí mismo y *por todos*, y que le ha tocado a él. El hacer naturalmente lo que llega a parecer sobrehumano es una de las cualidades maravillosas que está poniendo de manifiesto nuestro pueblo. Virginal, divina naturalidad de un pueblo que, habiendo, permanecido casi al margen de la cultura europea, la salva hoy en lo que de salvable tiene” (Moreno 154), y esa urgencia es la “convivencia humana”, concluye Zambrano.

A partir de aquí, Zambrano se propone explicar de dónde le vendrían al pueblo español estas energías, cuándo habrían surgido y por qué y cuándo se rompió la relación entre razón y Estado, realidades que habían caminado juntas desde que la Filosofía nació en Grecia. ¿Por qué la religión había venido a ocupar en España todo el espacio convirtiendo el poder en teocrático?; y, ¿por qué en Europa la razón había ocupado todo el espacio viniendo a convertir el poder en totalitario? Ambas preguntas se sumaban a

<sup>6</sup> Ambos artículos (“La reforma...” y “Misericordia”) publicados en *Hora de España*. Pueden consultarse en la edición de 1977. La colección completa fue editada por Detlev Auvermann, Topos Verlag y Laia, 1977. Del año 1972 hay una edición de los primeros 22 números y otra de 1974 que incluye ya el número 23. Es esta edición de 1977 la que cuenta con las introducciones de María Zambrano y la presentación de Francisco Caudet.

<sup>7</sup> Galdós. “Carta” enviada al periódico *La Prensa* de Buenos Aires. El texto completo del artículo es sumamente interesante. Desconozco si Zambrano tuvo conocimiento de estos textos parcialmente publicados por A. Ghirardo. En todo caso sí está comprobado que María Zambrano fue una lectora atenta de las más importantes obras del autor canario y que esta propuesta estaba implícita en bastantes de ellas.

las anteriormente formuladas pero, ahora, con la intención de centrar el debate en la propia España y en sus excesos, fuente de sus insuficiencias.

Es en este contexto en el que Cervantes vuelve a ser imprescindible porque Zambrano entiende, con buenas razones, que fue quien había puesto de manifiesto esa disociación entre la razón transida en voluntad pura que habría quedado sin objeto y el Estado que, al carecer de razón, habría quedado fracturado, irrealizado. Cervantes, en definitiva, habría sabido ver muy pronto la naturaleza del fracaso que tenía nombre propio: anacronismo, es decir, desconocimiento de las leyes de la historia. La monarquía –aunque no es esta una palabra que use Zambrano en este artículo- no habría caído en la cuenta de que el tiempo constituye la verdadera naturaleza de las cosas, que nada permanece idéntico a sí mismo, que todo muda, es decir, que no solo fluye como el río de Heráclito, sino que se modifica profundamente a lo largo de su cauce. La novela, género inventado por Cervantes, vendría a ser la expresión de ese fracaso y su forma la única manera de explicarlo. Solo un género de estructura narrativa podía dar cuenta de un fracaso que se había producido por tener en cuenta el paso del tiempo. Haber caído en la cuenta tan pronto de esta genialidad de quien fuera él mismo, perdedor, preso y sin reconocimiento alguno hizo de María Zambrano, perdedora y propiamente “presa” ella misma, un alma gemela del genial Cervantes al apropiarse no del argumento de autoridad, sino de su traslación al plano de la experiencia literaria:

Supone la novela una riqueza humana mucho mayor que la Filosofía, porque supone que algo está ahí, que algo persiste en el fracaso [...]. La novela acepta al hombre como tal y como es en su fracaso, mientras la Filosofía avanza sola, sin supuestos. (Moreno 159)

Efectivamente, como antes había sugerido y ahora señala explícitamente, se trataba de salvar al ser humano ante el derrumbe de la organización política. Y para esta función la literatura dispone de una flexibilidad de la que carece la filosofía que ha de operar con los principios de la lógica y no traicionar el principio de no contradicción.

A partir de aquí es lógico que exponga con detenimiento las virtualidades que posee la novela para dar cuenta de situaciones de crisis: su capacidad para el diagnóstico, esa misma capacidad para general esperanza aunque, también, sus limitaciones para generar reformas a las que renuncia, al menos directamente, para no poner en riesgo esa ya nombrada capacidad de esperanza en el hombre de carne y hueso. ¿Podemos utilizar esta expresión prestada de Unamuno y aplicarla en este contexto zambranoiano? Pues, con seguridad, sí. Y esto vale para Cervantes y para Galdós que son, para ella, los novelistas por antonomasia.

Ambos habían admitido, y Zambrano así lo atestigua, la tarea de “no pretender restaurar nada, no pretender reformar nada” ya que la novela –el arte- no busca reformar el entendimiento, al menos como lo hace la filosofía, pues no pretende violentar nada sino que más bien pretende dar cuenta del fracaso. Y siendo así, se sale del Estado para descubrir la convivencia en otro plano distinto al de la razón, al de razón de Estado, podríamos decir, y esta es la que establecen los semejantes. Digámoslo con palabras de Zambrano: “la nobleza de don Quijote presupone todo lo contrario; él lleva clara e inequívoca la noción de semejante en el centro de su espíritu; está solo en su empeño, pero esencialmente acompañado por lo mejor de cada hombre que vive en él. Es la nobleza esencial del hombre lo que don Quijote cree y crea, la mutua confianza y reconocimiento” (Moreno 160). Era un repliegue imprescindible cuando el Estado había fracasado. No era, pues, ni una reforma al estilo europeo, ni siquiera la racionalización de la salvación al estilo ignaciano; no era, tampoco, la visión del hombre de Estado, era

la apuesta por crear el prójimo, por hacerle: don Quijote crea en Sancho al prójimo. La novela había servido para descubrir, para recuperar al singular frente a las construcciones conceptuales de la filosofía que habían derivado hacia formas “imperiales”.

A nadie extraña, señala Zambrano, esta convivencia que es insobornable, instinto de supervivencia, tal como la novela lo ha creado: “Lo único vivo bajo la destrucción de la sociedad y el desmoronamiento del Estado” (Moreno 164). No había juicio más preciso a nuestra historia que mostrara las dos caras del proceso: fracaso de la razón de Estado, reconocimiento de los valores individuales.

Mas, ¿hubiera sido posible crear el Estado, un nuevo Estado desde estos valores? ¿Hubiera sido posible proponerlo haciéndolo de abajo hacia arriba cuando, durante siglos, había fallado la propuesta inversa? Desde luego así queda sugerido al afirmar que

Si Cervantes hubiese hecho filosofía partiendo del fracaso de don Quijote, si hubiese adoptado una actitud reformista para encontrar las bases de un nuevo conocimiento sistematizado, hubiese hallado las bases humanas de una nueva convivencia, un sentido del prójimo ausente por completo de la cultura europea, más ausente a medida que avanzaba el idealismo. (Moreno 160)

Podríamos sostener, a partir de aquí, que toda la filosofía de María Zambrano ha consistido en el desarrollo de esta propuesta. Si la novela diagnostica la naturaleza del fracaso por el olvido del individuo de la filosofía que se tornó “imperial”, teocrática, absolutista en definitiva, corresponde a “otra” filosofía, defensora por igual de la razón y del individuo, reformar el entendimiento y construir un Estado donde los individuos no pierdan su singularidad, o sea, su libertad.

Así parece proponerlo Zambrano ya al final de este largo artículo que enlaza con otro, muy largo igualmente, publicado también en *Hora de España*, con la guerra muy avanzada y hacia su final (sept. 1938). Está dedicado este otro al personaje de Benigna, la “heroína” de la novela galdosiana *Misericordia*. Antes, aún le quedaba clara la conciencia de cuál era la misión que correspondía a su generación:

La voluntad de don Quijote, encarnada hoy en nuestros combatientes, piden y exigen que entre todos creemos ese Estado nuevo y justo que se alimente en su objetividad de la convivencia humana que está dentro de la soledad de nuestro inmortal Caballero. Y esta propuesta no solo ha de tener proyección nacional sino europea pues se trata de recuperar la confianza en el hombre, “que restaure la fe en la razón y en la justicia y que la realice en la medida mayor de su posibilidad actual. (Moreno 164)

Si la razón europea –Descartes, Galileo- fue universalizada, esta otra habría de serlo también. Pues “la sangre también puede hacerse universal”, concluye Zambrano sacando a la luz una confesión íntima de hondo calado orientada a toda una reforma profunda del entendimiento español y del europeo.

Una vez enfatizada esa dimensión de “prójimo” en que don Quijote habría convertido a Sancho, que es la idea clave de la segunda parte del artículo, además de las reflexiones sobre filosofía/novela y su particular relación, quedaría un punto pendiente que Zambrano no podía resolver por completo en ese momento, quizá porque el problema no ~~la~~ tiene solución salvo instalándose en la ambigüedad, tal como planteará en los artículos escritos en torno a 1947. En aquellos momentos, en plena guerra (1937-

1938), se trataba sobre todo de proponer una salvación y no una reflexión teórica, y por ello no podía renunciar, ante todo, a la misericordia y a su práctica, por respeto al ideal mismo. Y no podía dejar de proponer la esperanza pues esta era imprescindible para reconocer el hambre material, moral y político que padecían, y estas hambres, para ser superadas, necesitaban ineludiblemente de esperanza. Es la voluntad pura o la pura razón que ella ve justificada por Kant, pues afirma que cuando el filósofo de la Prusia oriental, casi dos siglos más tarde, presente “las condiciones de una *voluntad pura*, nada añade que no esté en el querer firme, en la entereza de voluntad del Caballero de la Mancha” (Moreno 158). Enfrente quedarían la matemática racional de la salvación ignaciana o la razón instrumental, llamémosla así ya nosotros con un tecnicismo de nuestro tiempo. Podríamos preguntarnos si es necesario optar, si es preciso hacerlo irremediabilmente o si cabría una transacción como suele plantearse en términos jurídicos. Quede por ahora formulada la pregunta que espero tenga sentido en el marco de una síntesis final no fácil de hacer, pues Zambrano no escribía pensando en que su pensamiento debiera ser resumido para aprobar un examen, sino para abrir todas las fronteras y ver poco a poco cuáles pueden ir siendo transitadas y cuáles deben ser clausuradas. Por eso cada frase encierra un matiz, un detalle que nos puede pasar desapercibido o que podemos dejar sin valorarlo suficientemente si no releemos una y otra vez.

En fin, quede ahora ratificado que esa unión de Quijote/Sancho en armonía sería expresión de lo mejor que el pueblo español podía ofrecer para la reconciliación nacional y la europea y para corregir los excesos de la razón que no habría podido evitar la confrontación. Lo decisivo, sostendrá impetuosamente, lo urgente a salvar es “la convivencia humana”. Sin esta salvación nada es viable. Mas si de salvar se trata había que remontarse a los orígenes de la fractura (de la convivencia), siglos atrás, y recoger los rescoldos de lo mejor que había quedado para reutilizarlos ahora. Es claro, para Zambrano, que esta función no puede ser ejecutada por la sola razón o la razón sola pero, tampoco, puede llevarse a cabo sin la razón. Por ello asigna esta función a la verdad estética que redime y hasta corrige a la verdad histórica, la de los puros hechos, a la manera como Cervantes hizo en su genial novela y como Galdós había realizado con sus *Episodios*: solo así era posible recoger energías, anhelos e ideales que habrían quedado derrotadas inicialmente en aras de la lógica causal o mecánica pero solo los ideales guardan un potencial salvador para ser usado en las ocasiones que lo precisen. Solo así es posible la reforma del entendimiento o, como había escrito, un poco antes, “un nuevo uso de la razón, más complejo y delicado” que elimine “el carácter absoluto atribuido a la razón” (Moreno 138),<sup>8</sup> que, añadiríamos nosotros, está en la base de los totalitarismos. En cambio, la novela, escrita en su horizonte histórico y racional –como habrían hecho Cervantes y Pérez Galdós–, está en disposición de ofrecer “un relativismo positivo”, es decir, “un relativismo que no cayera en el escepticismo”. La reconstrucción de la convivencia, asunto urgente, imprescindible para la construcción de la nación que, siendo verdadera, sin embargo, no produzca exilios como se verá obligada a reconocer en *Los bienaventurados*<sup>9</sup> había sucedido con España, requiere “acercar el entendimiento a la vida, pero a la vida humana en su total integridad, para lo cual es menester una nueva y decisiva reforma del entendimiento humano o de la razón, que ponga a la razón a la altura histórica de los tiempos y al hombre en situación de entenderse a sí mismo” (Zambrano 1937a, 138). Seguramente ni más ni menos esto es lo que propuso Cervantes y se le aparecía ahora a Zambrano, en plena ola totalitaria

<sup>8</sup> Publicado inicialmente en la revista *Atenea* (Concepción, Chile) 140 (1937): 115-124.

<sup>9</sup> Zambrano 2004a. Por testimonio de Juan Fernando Ortega sabemos que este libro, clave para entender la naturaleza del exilio tras la guerra civil, fue escrito a comienzos de los años setenta.

española y europea, como una referencia inexcusable. Quedaban, sin embargo, puntos que la novela, como ya hemos señalado anteriormente, no había acertado a superar

Quizá por eso vuelve María Zambrano de nuevo sobre Cervantes y su famoso personaje en un grupo de artículos en torno al centenario del nacimiento del ilustre manchego (1947), cuando en la España interior se realizaban las conmemoraciones promovidas por el Estado y por otras instituciones, que ha estudiado recientemente Manuel Herranz en su tesis doctoral (aún inédita) sobre la recepción del *Quijote* en tiempos de Franco y cuando en Europa se lamían las heridas tras el final de la guerra contra el fascismo y el nazismo.

Entre tanto, ya en el exilio, había pronunciado en Morelia las conferencias que han sido recogidas en *Pensamiento y poesía en la vida española* (1939 -2004b-), donde lejos de abandonar el tema, lo profundiza; luego había pasado por La Habana y entrado en contacto con el grupo que lideraba Lezama Lima, relación muy intensa según conocemos por el epistolario cruzado, años después, entre ambos. Y había vuelto a Europa (París) en 1946 al morir su madre. Ahí vivió algún tiempo para regresar a América con un intervalo en Roma, hasta fijar su larga estancia durante ya once años en la ciudad eterna, donde tantas ideas adquirieron madurez plena.

Los artículos escritos a finales de los cuarenta quizá fueran de encargo o sugeridos con motivo de la efeméride y no es muy fácil saber el orden en que fueron escritos, si bien puede sostenerse que forman una unidad en torno a tres ideas: la particular mirada del novelista, es decir, de Cervantes; la ambigüedad que forma parte de esa forma de ver y que transmite inevitablemente a sus personajes; y la necesidad de liberar al personaje de su propia ambigüedad: la de don Quijote y la del autor. Son estos: “La mirada de Cervantes” (*La Licorne*, 1948); “La ambigüedad de Cervantes” (*SUR*, diciembre 1947); “La ambigüedad de Don Quijote” (*La Licorne*, 1947). Y una versión de este último, con reformas, que bajo el título “La liberación de don Quijote” permanecía como manuscrito inédito en la Fundación hasta su recuperación por Rogelio Blanco en la *Revista de Educación* del Ministerio (2004) pero que aparece firmado por Zambrano en 1947, ya en París.<sup>10</sup> Para entonces había fallecido su madre, como hemos señalado, había terminado la guerra y la soledad del exiliado iniciaba una segunda navegación quizá con mayor soledad, si cabe, que la primera pues, como señala Davoine en el libro ya citado, a su reducción a la inexistencia para la España interior se sumaba, tras la victoria de los aliados y su decisión de mantener el régimen franquista, la experiencia de la insignificancia. Cuando escriba, a comienzos de los sesenta su “Carta sobre el exilio”, expondrá esta experiencia de manera muy dolorosa.

Con posterioridad a las fechas que indicamos --1947-1948-- todavía publicó dos artículos que podemos tomar como “complementarios” de los anteriores: el escrito para la revista *Ínsula*: “Lo que le sucedió a Cervantes: Dulcinea”, texto aparecido casi al tiempo que publicó una intervención hablada en Roma (1956). Está recogido en la *Revista mexicana de Literatura* (nov-dic, 1956) donde hace una reflexión muy pensada, espléndida, sobre la necesidad de la literatura que merece ser leído con detenimiento; y otro, un poco más tardío, en 1965 (México-Veracruzana), que forma parte de los trabajos recogidos en *El sueño creador*: “La novela “Don Quijote”. La obra de Proust” (Zambrano 1986).<sup>11</sup> Ya, al final de su vida, entregó por escrito el discurso de recepción del premio Cervantes (1988) al no poder personalmente recogerlo. Esas palabras-legado final sirvieron para recordar sus lugares cervantinos y revivir todos estos textos

<sup>10</sup> Los demás han sido recogidos en Zambrano 2005.

<sup>11</sup> Para una reflexión más extensa sobre las relaciones de la filosofía con la novela en el pensamiento de María Zambrano puede verse Mora 2004.

anteriores con sus paisajes correspondientes pues el pensamiento de María Zambrano no se entiende sin sus referentes espaciales.

No es casual que fueran “La ambigüedad de Cervantes”, “La ambigüedad de Don Quijote” y el escrito en *Ínsula* los elegidos para formar parte de *España, sueño y verdad* (Zambrano 1994),<sup>12</sup> libro misterioso del que nadie ha sabido dar una explicación acerca de las razones de su publicación y acerca de quién estaba pensando María Zambrano cuando hizo la recopilación. Firmado ya en La Pièce (1965), estuvo pensado en Roma tras los muchos encuentros que tuvo allí con personas que llegaban de España o estaban allí en puestos de representación; en el caso de Ridruejo, llegado desde su exilio en París al regreso del encuentro de Múnich. Casi con seguridad tiene que ver con una segunda apuesta por la aún, en aquellos años, necesaria, y, por tanto, no realizada reforma del entendimiento. Se lo confesaba a Pablo de Andrés Cobos en carta del 26 de diciembre de 1971, ya en edad avanzada:

Si es que puedo seguir escribiendo, diré algo acerca de los diversos canales -- perdidos o semi-- del conocimiento, pero en cierto modo he ido ofreciendo una suerte de Teoría del Conocimiento más amplia, de más dimensiones que la que me dieron. [...] En *El sueño creador* así aparece y aun en el prologo del volumen en que está incluido y en... tantos otros lugares. Desde la primera línea que yo haya escrito y concretamente desde “Hacia un saber sobre el alma” – Revista de Occidente, año 34, me parece- pido, clamo, por un saber más amplio en el que la conciencia, la Razón haga suyos otros saberes irrenunciables como los de la poesía, las religiones, la mística... en fin que el conocimiento torne a recoger la revelación, las revelaciones todas. (Zambrano 2013, 264)

Así pues, los artículos de 1947 constituyen un cuerpo intermedio entre los escritos durante la guerra civil y la maduración posterior a la que trató de dar una nueva proyección para la España posterior a la muerte de Ortega cuando la nueva generación nacida tras la guerra accedía a los puestos académicos. Los temas centrales fueron, como indicábamos, la mirada y la ambigüedad y, seguramente, sus interlocutores fueron quienes habían sido sus “maestros”: Unamuno y Ortega, es decir, *La vida de don Quijote y Sancho* y *Meditaciones del Quijote* con la fidelidad a Cervantes como punto de referencia. Aunque España permanece al fondo – o no tan al fondo sino más bien a flor de piel- abre un poco más lente ahora se centra en buscar una explicación a la condición humana y a la contribución que la novela moderna aporta a esta explicación.

Sitúa Enrique Baena, en la introducción a la antología antes citada, en primer lugar “La mirada de Cervantes” a pesar de que se habría publicado después que los textos sobre la ambigüedad de Cervantes y don Quijote. No le falta razón. No se puede explicar si un escritor es ambiguo o hace de sus personajes seres ambiguos si no se explica la mirada que proyecta sobre la realidad y, por consiguiente, la propia mirada con la que escribe el texto.

“¿Cómo miran los autores? Y ¿quiénes son?” se pregunta Zambrano. Ella misma se responde que son “poetas” quienes lo hacen sobre los singulares, sobre el héroe máximo y la más humilde de las criaturas y lo hacen para sacarnos de nuestra obcecación para que nosotros mismos miremos aquello que debe ser mirado: “el derecho a la existencia de lo insignificante y deleznable en los instantes más luminosos, en las horas más perfectas de la vida.”<sup>13</sup> Claro que para esta forma de mirada la

<sup>12</sup> La primera edición es de 1965. Francisco José Martín ha editado la versión italiana con traducción al español (Zambrano 2008).

<sup>13</sup> Zambrano 1948; recogido en la edición de Baena (Zambrano 2005, 72).

dialéctica no vale; sí la burla y la ironía que se convierten en la base de la piedad, forma de salir del plano de la necesidad, como diría Ferrater Mora en un texto que coincide en lo básico con este de María Zambrano: “El mundo de Cervantes y nuestro mundo.” Ambos plantean cómo el hombre puede escapar a la lógica de la necesidad, a la mecánica explicación de una secuencia causa-efecto que terminaría por “dejar deshabitado el mundo” ya que “locos” como don Quijote son inexplicables a la mirada de la lógica. Para ello es, pues necesario mirar al otro plano que configura al ser humano: los ideales que si bien rompen esa lógica de la necesidad no se desvinculan de la realidad tanto como para no influir sobre ella, modificándola. Mas es en ese ámbito donde aparece el singular como Unamuno había dejado dicho.

¿Hay, pues, espacio para el ser único? Desde luego no en la Filosofía entendida al modo de Parménides pues o se es y, entonces, se es todo, o no se es. Si necesitamos que se cuente “nuestra” vida, no basta que se haga tal como marca un canon, alguien debe “descubrir” en otro plano “razones” para afirmar la singularidad y es aquí donde la literatura, la poesía de una manera y la novela de otra, se hace imprescindible porque ahonda en los niveles intermedios donde anidan los ensueños, las quimeras, las figuraciones, los delirios... aquello que no es todavía y que, sin embargo, es lo que más nos importa, “nuestra propia vida”. Es ahí precisamente donde anida la base de la singularidad.

La novela sería esa mirada intermedia, amarga pero no trágica, pues la tragedia cuenta lo que de verdad pasa, mientras la novela que nace de la conciencia muestra al hombre que se ve a medias a sí mismo, que entresoñándose en la “semiclaridad de la conciencia que no acierta a penetrar hasta el hondo abismo de la angustia y la esperanza” (Baena 81) que pasa por todos los estadios de la cordura, la lucidez, la duda, la fe, y todos los grados que van de la vigilia al sueño para buscar nuevas formas de unión –o comunión, como dice Zambrano- no solo con lo real (es decir, la existencia humana como hace la tragedia) sino con lo posible, lo soñado o lo anhelado.

¿Quiere decir la novela que al hombre solo le es permitido superar la lógica de la necesidad reconociendo como constitutiva su permanente ambigüedad? ¿Quiere decir que solo puede admitirse la singularidad si se renuncia a la razón general, imperial, totalizadora? ¿Es la ambigüedad la expresión última de la dualidad humana entre la realidad y lo ideales? Pues en la respuesta a estas preguntas laten la esperanza de no quedar reducidos al pensamiento mecánico pero, no menos, el temor a no poder superar esa permanente ambigüedad humana ante la que, creo, Zambrano no se resigna. Por eso, como hemos señalado, si bien recurre a la novela como discurso imprescindible para diagnosticar la situación del hombre moderno no se queda en ella y vuelve de nuevo a la filosofía. Bien que, ya lo apuntábamos, habrá de ser “otra” filosofía. Cervantes abrió inevitablemente la puerta a la necesaria reforma del entendimiento, del español y del humano propiamente dicho.

En definitiva, si la novela es un género de la modernidad, la filosofía habrá de refundarse por cuanto la propia modernidad vino dada al agotarse el viejo paradigma clásico. La conciencia aborda ahora la construcción del individuo sin la bifurcación que habían marcado novela y filosofía en el momento mismo de su nacimiento a comienzos del XVII pero seguramente sin renunciar a un cierto conflicto. Habrán de tener el mismo objetivo: construcción del humano, del sujeto, de la forma de relación entre el singular y el universal pero conociendo cada una caminos diferentes cuando no ya no opuestos, no renunciando del todo la novela a la ambigüedad porque no quiere reducir al humano a un esquema aunque este parezca darle seguridad y un poco de conocimiento del que pertenece a los dioses aunque con ello renuncie a su

individualidad. La filosofía, por su parte, habrá de recuperar formas de conocimiento que había desechado como dejó afirmado en la carta a Cobos.

Llegados aquí se plantea Zambrano si no estaremos “frente a un conflicto, el más hondo de nuestra época humanista [por cuanto] “conciencia y piedad han venido disputándose el mundo del hombre” que se vería obligado a renunciar a si mismo en aras de “tener un ser”. Así parece sostenerlo y por ello dedica Zambrano la última parte de su artículo al conflicto de la novela como hija de un conflicto puramente humano que supera “los límites razonables trazados por la Filosofía” que no ha podido evitar ser “hija del desengaño” al haber descubierto la experiencia que existe en la pesadilla y el ansia, todas las ansias por recuperar valores absolutos. Pero, también la Filosofía tiene la pretensión de *saber absoluto* y también ha conocido las consecuencias de esa pretensión. Las dos son, pues, hijas de la misma experiencia sufrida en el paso del Renacimiento al Barroco: el papel asignado a la conciencia y sus límites en los que debe operar, la dualidad existente entre la lógica de los deseos y la lógica del mundo y la forma de afrontarla. Sabemos que la Filosofía ha apostado por superar la dualidad y en ello han estado empeñados racionalismos y el empirismos, recorriendo el proceso que conocemos durante estos últimos cuatro siglos.

¿Pretende la novela, por su parte, superar la dualidad humana? Pregunta difícil de responder si leemos detenidamente a Zambrano. Desde luego si hemos de dar una respuesta afirmativa debemos sostener que no, al menos como lo ha pretendido la filosofía, y, desde luego, de pretenderlo lo hará de una manera más precaria y sin reducir, o menos aún eliminar, las dos zonas en tensión: la realidad tal como aparece, o sea, la realidad física y la otra realidad, la de los ideales. Nunca la novela procede por reducción. Es más, mostrará abiertamente que quien pretenda hacerlo por este procedimiento, siendo protagonista de la novela, va a ser objeto de burla, inevitablemente lo va a ser, por cuanto el único que verá a Dulcinea será él y no los demás. ¿Cómo hacerse creíble a otros cuando estos no ven lo que el protagonista ve? Sin embargo, no renuncia tampoco a intervenir en la realidad exterior, aunque lo diga en clave indirecta como Benigna, la protagonista galdosiana quien defenderá, siglos después que Cervantes, que lo que hoy son verdades fueron en otro tiempo mentiras muy gordas y hasta un científico insigne, Ramón y Cajal, sostuvo que nada grande se ha hecho que previamente no haya sido soñado o, propiamente, que “en este mundo siempre es realizado lo que enérgicamente es creído y esperado.”

Otra cosa es si ese mundo ideal será posible porque ya existió una edad dorada y eso haría del héroe un ser inactual -loco- o si la conciencia tiene capacidad, por sí misma, de crear nuevos proyectos, lo que se da en llamar utopías. En definitiva, si el héroe tiene un origen divino o es un ser mundano. En don Quijote parece ser lo primero, el sujeto moderno parece ser lo segundo. ¿Vendría la ambigüedad inexorablemente de ese origen al que no se puede renunciar y que obliga a don Quijote a reinventarse pero el autor sabe, y sabe bien, que solo es posible hacerlo ya como un ensueño, es decir, “identificarse con su ensueño”. ¿Es extensible esto al ser humano? ¿Le cabe solo vivir como personaje de novela si no quiere renunciar a sus ensoñaciones y ensoñar todo encantando el mundo? O, si quiere superar la ambigüedad, ¿debe salir de la novela y estrechar su conciencia como le piden racionalismos y empirismos? En definitiva, ¿es don Quijote un modelo o un contramodelo? El final dado por Cervantes ya lo conocemos. María Zambrano, en sus artículos sobre reforma del entendimiento y la reforma del entendimiento español, no quiso renunciar a ninguna de las dos propuestas por las consecuencias negativas que ello traería. La cuestión sigue, pues, abierta una vez que la novela cervantina descubrió la dimensión del ser humano y de la condición del español. La no renuncia del entendimiento a entenderse con la vida –realidad

radical, había advertido Ortega- convierte la vida en problemática –agónica la calificó Unamuno- mas, con seguridad, además de ser inevitable esa forma de unidad, sea la única manera de plenitud que cabe al ser humano para no caer ni en el totalitarismo ni permanecer en la ambigüedad inocua. La reforma del entendimiento español debía tener cabida dentro de esta otra reforma. En el pensamiento de Zambrano estuvo claro ya desde que descubrió a Cervantes.

**Obras citadas**

- Arévalo, Héctor. ‘José Gaos y el pensamiento hispanoamericano de lengua española en el marco de la filosofía española contemporánea’. Tesis Doctoral Inédita. Universidad Autónoma de Madrid, 2013.
- Davoine, François. Horacio Pons tr. *Don Quijote, para combatir la melancolía*. Buenos Aires: FCE, 2012.
- Don Quijote alrededor del mundo*. Barcelona: Instituto Cervantes / Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores. 2005.
- Ferrater Mora, J. “El mundo de Cervantes y nuestro mundo”. En *Obras Selectas*. Madrid: Revista de Occidente, 1967. IV.
- Ghiraldo, Alberto. *Obras Inéditas de Pérez Galdós*. Madrid: Renacimiento 1923.
- Herranz, M. ‘La recepción de El Quijote en la España franquista (1940-1970). Literatura y pensamiento’. Tesis Doctoral Inédita, Universidad Autónoma de Madrid, 2013.
- Mindán, M. *Testigo de noventa años de historia*. Zaragoza: Librería General, 1995.
- Montero Reguera, J. *Cervantismos de ayer y de hoy*. Alicante: Publicaciones Universidad de Alicante. 2011.
- Mora García, José Luis. “Lecturas de *El Quijote* en el exilio”. En A. Sánchez Cuervo A. y F. Hermida eds. *Pensamiento exiliado español. El legado filosófico del 39 y su dimensión iberoamericana*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2010. 164-202.
- . “Un nombre de mujer: *Misericordia*. Galdós en la inspiración zambrana”. En VV.AA. *María Zambrano. Raíces de la cultura española*. Madrid: Fundación Fernando Rielo, 2004. 119-146
- Pérez Galdós, Benito. “Carta” [enviada al periódico *La Prensa* de Buenos Aires]. En W. Shoemaker. *Las cartas desconocidas de Galdós en “La Prensa” de Buenos Aires*. Madrid: Ediciones de Cultura Hispánica, 1973 [1885]. 145-154.
- Rodríguez, Juan Carlos. *El escritor que compró su propio libro*. Barcelona: Debate, 2003.
- Shoemaker W. *Las cartas desconocidas de Galdós en “La Prensa” de Buenos Aires*. Madrid: Ediciones de Cultura Hispánica, 1973.
- Zambrano, María. Soledad de Andrés Castellanos & José Luis Mora García eds. *De ley y de corazón. Historia de una amistad. María Zambrano y Pablo Andrés Cobos*. Madrid: Universidad Autónoma, 2013.
- . Francisco José Marín ed. y tr. *España. Pensamiento, poesía y una ciudad*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2008
- . Enrique Baena ed. *Cervantes (ensayos de crítica literaria)*. Baena. Málaga: Las 4 estaciones, 2005.
- *Los bienaventurados*. Madrid: Siruela, 2004a.
- . Mercedes Gómez Blesa ed. *Pensamiento y poesía en la vida española*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2004b.
- . Jesús Moreno ed. *Los intelectuales en el drama de España y otros escritos de la guerra civil*. Madrid: Trotta, 1998 [1937].
- . *España, sueño y verdad*. Madrid: Siruela, 1994 [1965].
- . *Federico García Lorca. Antología*. Ed. facsímil. Vélez-Málaga: Fundación María Zambrano. 1989 [1937].
- . *El sueño creador*. Madrid: Turner, 1986.
- . “Lo que le sucedió a Cervantes: Dulcinea”. *Ínsula* 116 (agost. 1955): 1, 5.
- . “La tierra de Arauco”. *Revista de Las España* 102 (1938): 222-227.
- . “El español y su tradición”. *Hora de España* 4 (abril de 1937a): 23-27.

---. “La reforma del entendimiento español”. *Hora de España* 9 (sept. 1937b): 301-316.